



MUÑOZ, VICTORIA MEXICANA

A pesar del esfuerzo de Martínez en los 10.000 metros, México no consiguió allí un triunfo. Muñoz, por el contrario, sí logró la victoria en los 200 metros braza en natación, saliendo a hombros sobre sus compañeros de equipo.

¿HAY QUE JUGAR LIMPIO?

LA «Marsellesa» hizo llorar a Colette Besson, la atleta francesa vencedora de los 400 metros; el himno norteamericano hizo bajar la cabeza y levantar el puño a Tommie Smith y a John Carlos, medallas de oro y de bronce, respectivamente, de un 200 metros fenomenal. Entre la buena alumna y los rácanos geniales, entre la gentileza disciplinada y la protesta orgullosa: ahí es donde se sitúan estos Juegos Olímpicos tan esperados, tan temidos, y cuyos dos patronos —el presidente Díaz Ordaz y el señor Brundage— ganarán también su medalla.

Hasta la espectacular demostración de Smith y de Carlos, su común objetivo —que todo el mundo sea buen chico, la mayor gloria del Deporte, con mayúscula, y del México indivisible— parecía logrado.

los records

Porque sería exagerado decir que los atletas acuden a recoger sus laureles flanqueados por feroces soldados. Aunque los tanques están emboscados para toda eventualidad en bosquecillos estratégicos, la presencia de la policía es infinitamente menos impúdica que en otros países. El empleo (con la contundencia que se sabe) de la máquina de liquidar jaleos no explica todo. El acontecimiento olímpico es por sí mismo lo bastante grande como para apartar los mayores obstáculos. Aunque chirríe y traquetea, marcha.

Cuatro días después de la llegada de la llama olímpica a Teotihuacán, «el lugar donde viven los dioses», los Juegos han proporcionado su contingente normal de bombas deportivas. Y los 9' 9/10 de Jim Hines, arrancados al final de la prueba con un esfuerzo sobrehumano; y el australiano Doubell en los 800 metros; y el record de Hemery en 400 metros vallas, con 48" 1/10; y la cuarta medalla de oro consecutiva del lanzador de disco Oerter; y el triunfo de los negros en los 200 metros..., todo esto no es folklore.

Pero si se descuida, uno empieza a perder contacto con el mundo real, México inclusive. Y si usted sacude la cabeza y quiere «alejarse», descubre otra vez el mundo, pero entonces los Juegos desaparecen. Por supuesto, la Olimpia de Brundage y de Díaz Ordaz se interfiere con la historia: pero el acto deportivo neto está en otra dimensión. O lo aceptamos o lo ponemos entre paréntesis: no hay compromiso posible. No hay duda: también para ver los Juegos hay que hacer trampa. Aislar los Juegos en un compartimiento estanco y no salir de él hasta el final.

La operación es delicada porque lo que las autoridades mexicanas y el poder olímpico tratan de hacer triunfar es, precisamente, esta cómoda dicotomía. Pero se les ve venir: porque, en rigor, lo que es lícito para el deporte no lo es para los Juegos. El señor Díaz Ordaz juega con las palabras. Las decenas, las centenas de estudiantes, de mujeres y de niños ametrallados hace tan sólo unos días hay que achacarlos a este dudoso sofisma: los Juegos son deporte. No hay que manchar el deporte con la política.

Los granaderos han disparado para salvar los Juegos. El Gobierno mexicano estaba, y está, convencido de que actuaba en bien de los altos intereses de la nación, lo que, en cierto sentido, no es del todo falso. Sin embargo, en México, la impugnación se considera en seguida como una ofensa imperdonable. El machismo no es extraño a esta susceptibilidad tan viva que hace que la gente de México tenga el revólver fácil. Amenazando los Juegos, los estudiantes carecían de respeto: se les hizo ver así. Ahora, una vez dada la lección, hay que dejar de pensar en ella, hay que poner entre paréntesis aquella matanza motivada por una bagatela. Hablar de ella constituye un insulto a la mexicanidad olímpica. Cada nota falsa sabotea una campaña publicitaria de gran estilo, y a los periodistas que hablan de sangre entre las décimas de se-



gundo no se les mira bien. «Es igual que si nosotros fuésemos a Dinamarca —ha declarado públicamente una personalidad local— para informar de una manifestación artística y nos pusiésemos a describir la decadencia de las costumbres del país». El periodista culpable de lesa-Olimpia era danés... Los grandes periódicos mexicanos están orquestados: todo por los Juegos. Por haber informado de los «acontecimientos» de manera inoportuna, Reuter y United Press, dos de las mayores agencias mundiales, se han visto denunciar sus contratos. Durante las «jornadas rojas» la censura fue estricta y varios periódicos extranjeros fueron prohibidos.

la fusilada

Los atletas que se entrenaban supieron que ocurría algo... gracias a las cartas de sus familias. Si el miedo les hubiera hecho renunciar, ¡qué catástrofe, qué desastre moral y material! Pero se evitó lo peor. Cuando el campeón mexicano Pedraza, con los ojos desorbitados a causa del agotamiento, llegó el segundo en los 20 kilómetros marcha, fue aclamado como deportista, en lugar de ser abucheado, ya que es policía en su vida civil. El parentesis funciona. «¿Qué pasa? —me ha dicho, irritado, un periodista mexicano—: ¿No había usted visto nunca unas decenas de muertos. Eso es todo...». La verdad es que aquí se digiere la muerte fácilmente.

Ante la unión sagrada del ardiente delirio olímpico-nacionalista, los estudiantes están en posición de debilidad. Las arañadoras les han hecho daño. Sus dirigentes están en la cárcel y algunos de ellos pueden ser condenados hasta a veinte años de prisión. Las extrañas declaraciones de Sócrates Campos Lemus han creado malestar, pese al espanto provocado por la fusilada. El pueblo no comprende; los sindicatos siguen siendo de piedra: «Todo esto no es mexicano...».

Los sabotadores de los Jue-

gos son denunciados como «pandilleros y tricontinentales», equivalentes locales de los «gamberrros y pro-chinos» europeos. Pero la máquina funciona. Mas esto no significa que el ideal político-deportivo del moderno olimpismo no esté en peligro, a punto de estallar a causa de sus contradicciones, febrilmente remendadas. Durante la pruebas, la cosa marcha. Pero antes, pero después, los Juegos hallan dificultad para afirmarse, tan intemporales como un buen lanzador de jabalina. El fenómeno olímpico pertenece a nuestro siglo. Es un milagro que todavía se agarre a él.

Los Juegos son absurdos, hasta el punto de adquirir —siempre al margen del deporte, que permanece intacto en tanto que tal...— una especie de belleza fascinante. Es algo inmenso, enorme, una locura. Los atletas en sus estadios, o los nadadores en sus trampolines, son todo lo pequeños que puedan serlo los hombres: el marmágnun que les rodea los convierte en liliputienses relativos. No existe proporción. Tan absurdo sería pretender descubrir el aparato de los Juegos como intentar hacer el inventario del mundo. Son la plétora y el embotellamiento generalizados. La culpa no es, en absoluto, de la organización, excelente en general: el bocado es demasiado grande, porque nuestro tiempo hace grandes bocados con los grandes acontecimientos. Fatalmente, la información no puede bastar: la ciudad de la prensa es una increíble máquina perfeccionada que oscila entre el estricto tecnicismo y lo pintoresco de pacoñilla.

Fijémonos, por ejemplo, en la Ciudad Olímpica, con sus ocho mil atletas y su intendencia multiforme. Es verdad que es soberbio. Todo ello se inventa una informática a su medida y casi una ideología artificial. Pero es difícil entusiasmarse con este apañamiento de gente. Todo el mundo está junto, sin estarlo. Se fetichizan las relaciones y se intercambian febrilmente insignias. ¿Esto

es Olimpia? ¡Hum! ¿Qué hay de común entre la verdad del acto individual y la caza de medallas metódicamente organizada por naciones ávidas de himnos nacionales?

demasiados problemas

Soberbio, místico, el barón de Coubertin creía en el Papá Noel, pero la versión mexicana del «brundagismo» muestra hasta qué punto es aleatorio querer dar vida y contenido profundo a una idea-fuerza enterrada hace mucho tiempo. Los Juegos griegos tenían carne y corazón; gentilmente, ingenuamente, se quiere sustituir esos ingredientes con folklore. Es bonito ver a Quetzalcoatl, la gran serpiente emplumada, a los Chichimecos y a los aztecas mezclarse con la ciudad helena, con Júpiter y con el soldado de Marathon en una increíble ensalada mitológica. Tratan de lograrlo, pero los Juegos de hoy en día no pueden evitar la secularización y, a fin de cuentas, la profanación.

El señor Brundage no es tan repulsivo como se dice: es más que nada un viejo quimérico, empuñado en defender su noble «pastel» contra las fuerzas disolventes que lo desgarran. Por querer recomponer todo, a cualquier precio, se llega a violar la tenaz realidad. El falso «amateurismo», la injusticia fundamental de la selección de los atletas, el nacionalismo de los cronómetros, el antagonismo de países a los que les falta el cimiento religioso panhelénico, nada de esto es olímpico en la moderna Olimpia. El pobre Brundage tiene buen aspecto con su tregua sagrada: no sólo México le impide dormir. Las dos Coreas, las dos Chinas, el pianista checoslovaco que se marcha cuando llegan los gimnastas rusos, Africa del Sur, los negros norteamericanos..., son otros tantos gusanos en la manzana. ¿Cómo esperar que los Juegos sean una balsa de aceite en cuanto se relaja el esfuerzo?

Mido mis palabras: la anula-

ción de los Juegos de México no hubiera sido una simple victoria. Para salvarlos, el Gobierno no se ha estado quieto: ha actuado «a la mexicana». Pero la cólera y el crimen no se pueden identificar alegremente con el valor intrínseco de la apuesta. Así es como piensa la gente de aquí, que, pese a todo, no se mueve.

el arquitecto

Los Juegos le cuestan a México unos 7.000 millones de pesetas. Es demasiado para un país a medio camino entre el desarrollo y el subdesarrollo. No siempre México emplea mal sus posibilidades. Dedicó el 25 por 100 de su presupuesto a la educación y el 6 por 100 a las fuerzas armadas. Buena proporción. En el campo se construye una nueva clase escolar cada hora. Para los Juegos se ha realizado un trabajo admirable. Jamás he visto nada tan bello, jamás la arquitectura moderna os capta tan pronto y tan intensamente como el estadio Azteca, el gigantesco recinto de 110.000 plazas, obra del arquitecto Ramírez Vázquez. Este Vázquez es el demiurgo de los Juegos y de México. Se habla de él como un serio aspirante a la jefatura del Gobierno. Todo cuanto construye es sublime. Tan sólo él ha podido conciliar las tradiciones antiguas de su país y la audacia moderna, realizando el Museo Arqueológico, en el que se exponen las obras maestras del arte mundial (el aspecto «cultural» de los Juegos). Mister Brundage debe estar celoso.

Jamás llueve en México durante el mes de octubre. El otro día una tromba de agua tropical por poco inunda la ciudad de la prensa: las olas han llegado hasta los pies de los aparatos con los que se habla al mundo entero. Creíamos que nos íbamos a ahogar igual que ratas. ¿Y si los Juegos de México se hubieran encontrado de repente frente a frente con ellos mismos? Quizá sea ésta la solución. ■ J. F. HELD, México, octubre de 1968.